

CAPITULO II

El lenguaje simbólico

Por enfrente a una casa de bellísima apariencia, situada en la calle principal de San Angel, había pasado ya tres veces, mirando a sus balcones, un hombre que al fin se había ido a colocar en la esquina, desde donde, al parecer, esperaba que se asomase alguna persona.

Era alto, joven y bien formado; su rostro, lleno de expresión varonil, blanco y algo pálido, realzaba la dulzura de sus ojos negros y rasgados, donde brillaba la luz de la inteligencia y del sufrimiento amoroso; un bigote fino y negro, y una perilla abundante y bien cortada, hacían resaltar el encendido carmín de sus frescos labios y una dentadura perfecta y blanca, que brillaba al entreabrir su pequeña boca, como brillan las transparentes gotas de rocío al partirse en dos el rojo y naciente clavel; sus cejas arqueadas, suaves y del color del ébano, y su ondulado, flexible y lustroso cabello negro y naturalmente rizado, velando una cabeza griega concurrían a dar a su fisonomía una gracia y una dulzura irresistibles.

Vestía una levita negra de finísimo paño, perfectamente cortada, que ostentaba en el ojal del pecho la flor del girasol, pantalón de casimir claro de cuadros, chaleco negro de seda, que contrastaba con la hermosa cadena de oro del reloj, corbata azul, colocada con suma gracia, sombrero negro de rigurosa moda y lustrosa bota de charol.

La ropa la llevaba con aire y facilidad, y en sus maneras y movimientos se descubría a un joven de la buena sociedad.

Colocado, como dejamos dicho, en la esquina de la calle, aquel joven no apartaba la vista del balcón de la casa por enfrente de la cual había pasado tres veces.

Parecía que había olvidado al mundo entero, había hecho abstracción de todas sus potencias y sentidos, excepto del de la vista, que estaba pendiente de la puerta vidriera del balcón, por donde esperaba apareciese el objeto que anhelaba.

Preocupado con la sola idea que le dominaba, no pudo ver a un hombre mal vestido, envuelto en un capote raído, metido hasta las cejas, el roto sombrero de fieltro, y casi

descalzo, que, sentado en el poyo de la puerta de una casa, le observaba de hito en hito, y seguía con los ojos la dirección de su mirada, sin perder ninguno de sus más leves movimientos.

¡Natural confianza de todos los amantes, que creen que nadie les observa, cuando tal vez está fija sobre ellos la mirada de los curiosos, de los murmuradores, y muchas veces de las personas de quienes tienen más particular interés en ocultarse!

El joven permaneció como otra media hora en la misma actitud.

El balcón permanecía cerrado.

El hombre andrajoso que le observaba se sonreía de vez en cuando.

Un gesto de impaciencia y de disgusto se marcó de repente en el rostro del que esperaba.

El pobre observó aquel gesto, y volvió a sonreírse.

El misterioso elegante se dispuso a pasar por cuarta vez la calle.

El mendigo, conociendo su intención, se puso en pie y se embozó en su viejo capote.

Nuestro impaciente desconocido cruzó lentamente por enfrente del edificio de agradable apariencia sin apartar los ojos del balcón, y volvió a colocarse poco después en la misma esquina de la calle.

El pobre, que le observaba, y que le había ido siguiendo por la otra acera, se sentó otra vez en el poyo en que le vimos.

En aquel momento se abrieron las puertas vidrieras del aninado balcón y se presentó en él una mujer hermosa, como del centro del océano y de la blanca espuma de los mares apareció, sobre nacarada concha tirada por sencillas y amorosas palomas la risueña y voluptuosa Venus.

El hombre que esperaba se estremeció de placer y llevó la mano al ojal de la levita en que se ostentaba la flor de girasol.

Una sonrisa de satisfacción y amor vagó por los labios de la hermosa; envió una mirada de gratitud al joven, le indicó con su alabastrina mano que permaneciese allí otro instante, y desapareció.

Nada de esto escapó a la vista del andrajoso personaje que permanecía sentado en el poyo.

Clotilde, pues no era otra la seductora joven que con tanto afán había sido esperada, penetró rápidamente y sin hacer ruido en su cuarto; tomó de uno de los anaqueles de un

elegante armario un lazo pequeño formado con gracia, de una cinta blanca, otra azul, otra tornasolada y otra amarillo claro, y prendiéndolo en el pecho, volvió a presentarse en el balcón.

Pero a pesar de la prontitud y del sigilo con que había obrado para substraerse a las miradas de los que pudieran vigilarla, no faltó quien notase aquel movimiento.

El señor Duval, que la había visto asomarse, entrar luego callada y prontamente y volver a salir prendido el pecho con aquel lazo, receló de la conducta de la hermosa, y sin hacer ruido la siguió hasta colocarse detrás de ella junto al alféizar de la vidriera.

Leopoldo, pues no era otro el enamorado joven, se dirigió entontes hacia el balcón, pero marchando siempre por la acera contraria; y al llegar enfrente, fijó los ojos en el pequeño lazo que se ostentaba sobre el pecho de su amada, así como ésta clavó los suyos en la flor que él llevaba, y ambos dejaron ver en su rostro el océano de felicidad en que se inundaba el alma.

Aquel lazo y aquella flor, simple adorno para los profanos al misterioso y simbólico idioma de la galantería y el amor; para los que no están iniciados en los expresivos afectos que indican las delicadas flores y las pintadas cintas en el simbólico y poético lenguaje que entrañan; para los que no ven en el teroso inagotable de pintadas florecillas con que la mano benéfica de Dios engalanó los valles, los bosques y las montañas, más que el simple adorno de la naturaleza, y pasan por encima de ellas sin comprender sus misterios, sin analizar su misión, sin descubrir sus secretos, sin que nada les digan al corazón, sin que nada les hablen a los sentidos, hollándolas con la fría indiferencia con que las huella el salvaje, para esos, repito, aquel lazo y aquella flor con que se presentaron los dos amantes que nos ocupan, nada decían, nada expresaban. Pero para los hombres de viva y ardiente imaginación, de corazón fogoso y sensible, de inteligencia y de voluntad; para los hombres que no hallan nada sobre la tierra que no haya sido creado sino con los elevados fines que deben acompañar al pensamiento del Creador; para los que comprenden que no existe pensamiento alguno ni aun palabra ninguna que pueda traducirse y simbolizarse por medio de los brillantes objetos que se hallan sabiamente derramados por todo el haz de la tierra, para esos las cintas y las flores, las perlas y los brillantes, encierran tesoros inagotables con que expresar en delicados conceptos los más íntimos secretos del corazón.

Así, al menos, lo comprendían nuestros dos jóvenes; y aquel lazo y aquella flor, entrañaban para ellos un idioma celestial, un idilio dulcísimo de amor; un armonioso poema de mística dulzura, donde leían en éxtasis divino un presente lleno de realizables esperanzas y un porvenir de inagotable ventura, de deleites sin guarismo y de felicidad sin término.

Pero no fueron sólo ellos los que pararon la atención en los objetos parlantes, aunque no comprendían su significado, y en la emoción de sus semblantes.

Otros dos habían fijado también los ojos en el misterioso lazo y en la expresiva flor, aunque, como llevamos dicho, sin comprender sus misterios.

El señor Duval, junto al alféizar de la vidriera, y el hombre del capote raído que iba siguiendo los pasos de Leopoldo.

Clotilde, embebecida con el inmenso placer que embargaba su alma y su pensamiento, seguía con la vista a su adorado amante, que se alejaba y que volvía con frecuencia la suya para fijarla con dulcísima pasión en aquella mujer, que era el ángel cariñoso de sus bellísimos ensueños, que resumía en sí sola toda la pasión, todos los encantos, todas las virtudes que adornan con celestial encanto a algunas heroínas de la Biblia.

Duval, ocultando bajo un exterior amable y engañoso la rabia de los celos, se asomó al balcón, se reclinó en el barandal y se puso a mirar, con indiferencia aparente, pero con gran cuidado, la gente que transitaba por la calle, entre la que sorprendió a Leopoldo dirigiendo la última mirada de despedida.

—Está haciendo un día precioso—exclamó Duval con sonrisa hipócrita, echando mano del tiempo como recurso general y eficaz para entablar una conversación.

—En efecto—contestó distraída la joven, sintiendo que la distrajeran de sus agradables pensamientos, y con la tristeza de aquel a quien despiertan de un delicioso ensueño de ventura, de libertad y de amor, para que palpe las miserias de la obscura prisión en que gime sin esperanza.

—No hay duda de que el cielo de México es hermoso como sus mujeres.

—¿Es acaso el de vuestra patria menos bello?

—En los estados Unidos no gozamos de la igualdad de estaciones que aquí reina; allí el invierno es crudo, y el cielo encapotado despidе abundantes copos de nieve, que despojan a los árboles de sus hojas, a los campos de sus flores y a la campiña de su verdor.

—Eso debe ser muy triste.

—Sí; y por lo mismo debemos dejarlo, para ocuparnos de cosas más risueñas, de cosas que estén en armonía con las gracias que brillan en usted y de que soy el más ardiente admirador.

—Mil gracias—contestó Clotilde, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultar el disgusto que le causaban las galanterías de un hombre que no amaba.

—Estoy seguro de que en el baile de esta noche ninguna podrá competir en hermosura con usted.

—Siento decirle a usted que no hace justicia al mérito de las señoritas que concurren.

—Y sobre todo—dijo, tocando por fin el asunto que deseaba y fijando los ojos sobre el lazo de colores—, pocas llevarán un adorno tan sencillo y de tanto gusto como el que miro lucir ahora en su pecho.

—Ya sabe usted que he huído siempre del lujo y que lo he considerado como molesto y ruinoso—contestó la joven, sin inmutarse por la advertencia de Duval, sabiendo que éste ignoraba el idioma simbólico de los colores.

—Ese es un rasgo dictado por la modestia que resalta en todas las acciones de usted y en todos sus gustos. El afeite y los recargados adornos son las galas de la fealdad. La hermosura jamás necesitó más atavíos que los de la sencilla naturaleza.

—Le aseguro a usted que mis actos nunca han reconocido por origen el orgullo y la vanidad; confiar en la hermosura, indica presunción, y yo nunca me he creído dotada de la primera ni creo que he dado motivo para que se me juzgue dominada por la segunda.

—De ninguna manera; y yo no he tratado, al confesar su belleza, de ofenderla, suponiéndole un sentimiento de vanidad.

—Creo tener derecho a que se me haga esa justicia.

—Sin duda alguna. Pero, permítame usted que me tome la libertad de hacerle una pregunta, que sólo envuelve el deseo de satisfacer mi curiosidad.

—Estoy dispuesta a complacer a usted, si es que el asunto de que se trata no traspasa los límites de mi corta comprensión.

—Creo que no—dijo con intención Duval.

—Entonces, puede usted hablar.

—He oído decir que las cintas de colores tienen su significado especial para expresar los sentimientos más íntimos.

Clotilde se inmutó, y Duval, que advirtió el cambio de su semblante, continuó:

—¿No ha oído usted decir lo mismo?

La huérfana logró salir de su sorpresa, y contestó:

—¿Y quién es el que no ha escuchado hablar de ello?

—¿Y conoce usted ese lenguaje simbólico?

—No puedo jactarme de poseerlo.

—¿Es decir que la reunión y enlace de esas cintas blanca, azul, tornasolada y amarillo claro, que forman el gracioso lazo que ostenta usted en su pecho no es más que una combinación casual, que no encierra significado alguno?

—Pues qué, ¿usted cree otra cosa acaso?—contestó Clotilde, tratando de eludir una respuesta categórica.

—El que ama como yo amo a usted lee en todo lo que lleva la mujer que adora; adivina sus pensamientos en el color de sus vestidos, en el adorno de su cabeza, en los simples lazos que realzan su belleza.

La huérfana temió que hubiera sido descubierto su secreto; pero persuadida después de que le había oído otras veces lamentarse con Inés de no conocer lo que expresaban las flores ni los colores, contestó con aire tranquilo:

—Entonces, ¿qué desea usted saber?

—Oír de su boca de usted su significado, ver si era exacta mi traducción. Ya he dicho que todo no es más que un puro deseo de satisfacer una curiosidad pueril.

Clotilde se acabó de convencer de que Duval ignoraba completamente lo que expresaba el lazo, y contestó con la mayor amabilidad:

—Aun cuando usted no se hubiese tomado la molestia de advertirme que su deseo no es más que una pueril curiosidad, y me creyese con la necesaria capacidad para interpretar los colores, jamás creería que su pregunta de usted pasara los límites de una inocente chanza, pues ni podía suponer que usted tratase de avergonzarme, si mi traducción, como es de esperarse, es inferior a la suya, ni esperar que me cegase la vanidad hasta el punto de corregir a quien debo respetar por su conocida instrucción.

Duval se mordió los labios al escuchar esta respuesta inesperada que le ponía fuera de combate.

La hermosa huérfana temió un nuevo ataque, y se preparó a la defensa.

Por fortuna suya, se oyó en aquel instante la campana de la iglesia que llamaba a misa, y la hermosa Inés se presentó en el balcón.

—Vamos, hija mía, que están llamando.

Clotilde bendijo interiormente al cielo, porque tan oportunamente había interrumpido el molesto diálogo en que estaba comprometida, y entró a su cuarto para ponerse un rico pañolón de China, exquisitamente bordado; se quitó el lazo del pecho, como impropio de llevar a la casa del Señor recuerdos terrenos; lo colocó en el anaquel de donde le había tomado; cogió un libro de devociones con pasta labrada y luciente concha, adornado con manecillas de oro, y se presentó a su protectora, que se había quedado hablando con Duval.

—Salgamos cuando usted guste, madre mía.

—Ahora mismo.

—Tendré el gusto de acompañar a ustedes, si ustedes me permiten esa honra—dijo Duval, ofreciéndose a ir con ellas, más por cerciorarse de si era verdad lo que ya temía, que por el placer que de acompañarlas le resultaba.

—No quisiéramos que usted se molestase—respondió con prontitud Clotilde.

—Todo lo contrario; encontraré en ello una satisfacción imponderable.

—Pues como usted guste—exclamó Inés—; pero salgamos sin detenernos más, porque oigo que están dando el último toque.

En el semblante de la joven se revelaron las marcadas señales del disgusto y del pesar; en el de Duval las de la satisfacción de vencer y la de los celos.

Entretanto que Clotilde, apoyada a su pesar en el brazo del hombre a quien don Emilio estaba dispuesto a unirla, marchaba reprimiendo el dolor que le oprimía el corazón, para no dar a conocer a los extraños en su semblante la repugnancia que sentía hacia Duval, Leopoldo se hallaba en el atrio de la iglesia, esperándola sin duda, saboreando en su interior el placer que proporcionan los gratos recuerdos de un amor correspondido.

Aunque en compañía de otros elegantes jóvenes que se entretenían en ver entrar en el templo a las señoritas que acudían a misa, y hablando de lances amorosos, de bailes y serenatas, salpicando la conversación con oportunos dichos y algún picante epigrama, su imaginación estaba distante de allí; se encontraba fija en otro objeto que embellecía su existencia que le transportaba a un mundo florífero de realizables ilusiones, derramando por todos sus poros el dulce bálsamo de un porvenir lleno de amor y de inefables placeres; estaba fija en el misterioso lazo con que se había presentado a sus ojos, bella como la aurora al descorrer las

flotantes cortinas del Oriente, la pudorosa joven de sus ensueños, el ángel puro de su esperanza, la encantadora Clotilde.

Aquel lazo envolvía para él, en sus bellísimos colores y en las breves palabras que expresaban, todo lo que un apasionado amante puede ambicionar que pronuncien los dulces labios de la mujer que adora. No contenía más que cuatro ligeras cintas enlazadas; pero aquellas cintas blanca, azul, tornasolada y amarilla, graciosamente colocadas, encerraban los afectos más tiernos de una alma apasionada y los dulcísimos juramentos de un amor inextinguible, con que las almas enamoradas viven y se alimentan; aquel lazo simbólico expresaba estos afectuosos sentimientos, que inundaban de felicidad el tierno corazón de nuestro apasionado joven: «Os amo, os adoro con puro amor; y os amaré hasta el sepulcro si me queréis».

—¿Qué más se pudiera decir en todas las multiplicadas páginas de un selecto libro de amores? Aquel concepto breve, pero expresivo, satisfacía las exigencias más exageradas del amor, sin profanar los delicados encantos del misterio.

¡Cuán bello es expresar por medio de los magníficos caracteres con que la pródiga naturaleza nos brinda, reproduciendo y renovando por todas partes sus más exquisitos tesoros, los íntimos afectos que nos conmueven!

La naturaleza fué el gran libro que Dios abrió primero que ningún otro a nuestros ojos, para que leyésemos su magnificencia, su sabiduría, su inagotable amor y su infinito poder. ¿Por qué, pues, los hombres despreciamos esos tiernos caracteres que a nuestros pies brotan pintados y olorosos en los amenos valles y en los floríferos vergeles?

En otra época en que la humanidad era menos mentalizada que la nuestra, y cuando las ideas elevadas de religión, de caridad y de amor se mantenían incólumes y no habían cedido su lugar a la revolución política, al refinado egoísmo y a la irreligión, las cintas y las flores merecieron la distinguida atención de toda la sociedad, que expresaba por medio de sus colores sus más delicados conceptos. El negro indicaba tristeza y luto; el encarnado, majestad y grandeza; el blanco y rosa, inocencia, castidad y virtud; el verde, esperanza y libertad; el azul, celos, y el morado, viudez. Pero qué mucho que los hombres se utilizasen de tan celestiales dones, cuando Dios mismo se valió de ellos para anunciarnos alegría y bienandanza, colocando en el cielo el bellísimo arco-iris, formado de todos los colores, como lazo de paz que une a los cielos con la tierra.

Pero no nos detengamos en consideraciones que cada uno sabrá apreciar según sus inclinaciones, y volvamos a ocuparnos de los jóvenes que dejamos en el atrio de la iglesia en compañía de Leopoldo.

Los primeros se ocupaban ya de elogiar la belleza de alguna hermosa joven que penetraba en el templo, ya de ridiculizar el traje de otra no tan bonita; ya, en fin, de burlarse en voz baja de todos aquellos que tenían la desgracia de no parecerles bien.

Leopoldo, aunque no podía separarse de ellos, por no faltar a los deberes de la urbanidad, no tomaba parte en las chanzas en que estaban entretenidos, y permanecía pensativo, entregado a la dulce satisfacción que imprime en el alma el amor correspondido.

Sabía que aquélla era la misa que oía Clotilde, y estaba esperándola para verla pasar y que viese en su pecho la flor del girasol, que aun llevaba en el ojal de la levita.

¿Y el hombre del capote raído? También estaba allí, enfrente de él, mirándole sin cesar y pidiendo de vez en cuando algún socorro a las personas que entraban a la iglesia.

—Chico, chico, mira qué hermosa matrona; tiene todo el aire de una reina—dijo uno de los jóvenes, refiriéndose a una mujer de notable belleza, que llegaba apoyada en el brazo de un hombre de buena presencia, aunque de severo aspecto.

—Sí; la conozco hace tiempo; es española; suele ir a la misa de nueve a la Profesa.

—¿Quién es el que la acompaña?

—Su marido.

—¿Sabes si va a permanecer en San Angel toda la temporada?

—No; ha venido hoy por un capricho de su esposo, y sin duda se marchará a México pasado mañana.

—¿Y es empleado su marido?

—No; es un aficionado al libro de cuarenta hojas, que no sale de la casa del señor Duval, donde dejó hace mucho tiempo su fortuna.

—¡Magnífico! Así la dejará sola todo el día. ¿Y dónde vive?

—En la calle de Tacuba.

—Mañana mismo voy a rondar su casa.

—Pierdes el tiempo.

—¿Tan rígida es?

—Otra Susana.

—¿Lo sabes por ti mismo?

—No; pero lo sé porque el médico Willey está perdido por ella y sólo alcanza desprecios y desaires.

—¿Willey?...

—Sin duda.

—¿El facultativo escocés?

—El mismo.

—¡Imposible!

—¿De qué te admiras?

—De que estés en un error tan craso; pues de quien está enamorado el doctor no es de Elisa, sino de la simpática Luz Estrada.

—Lo estará de las dos.

—Pues qué, ¿se puede amar a dos mujeres a la vez?

—¡Toma! El doctor Willey es capaz de amar a ciento en una hora, y a todas con el mismo fuego, con el mismo afán: es uno de esos hombres de elástico y ardiente corazón que aman, o mejor dicho, que quieren a cuantas el Eterno creó hermosas.

Entretanto que habían estado hablando, la hermosa española se había acercado, y se dirigía, esbelta y seductora, hacia el templo.

—¡Es hechicera!—dijo uno de los jóvenes—. No se puede negar que el doctor Willey tiene buen gusto en amar a todas las hermosas.

—Y, sin embargo, no deja de ser para él una gran desgracia.

—¿Por qué?

—Porque si en todas halla la correspondencia que en la graciosa Luz, no dejará de pasar agradables ratos.

—¡Pues qué! ¿Le corresponde?

—Al contrario; me consta que le aborrece cordialmente.

—Pues, ¿por qué le recibe en su casa?

—Porque él entra con pretexto de la amistad que lleva con los padres de ella; pero a quien la linda joven ama, es al apreciable médico Rafael Valle, con quien debe casarse.

—Y sabiendo éste que el otro es su rival, ¿cómo es que siempre anda con él como si fuese su amigo más íntimo?

—Es que yo creo que Rafael ignora la pasión que Willey consagra a su amada; y como ejercen una misma profesión y visitan los dos a la familia...

—Pues, hombre, aquí se ve cumplido el refrán de «quien mucho abarca, poco aprieta». Igual cosa sucede con Elisa; la sigue a todas partes, entra a su casa a todas horas, se ha hecho amigo del marido, y no alcanza más que desaires.

—¡Afortunado esposo!

—Ya sabes, fortuna de bribón. Mientras Diego Rondal pone a una sota el dinero con que debiera atender a las necesidades de su familia, la hermosa Elisa, muchas veces acosada por el hambre, y sin un real para dar de desayunar a dos tiernas y celestiales criaturas que tiene, le espera inquieta, rogando a Dios por él.

—Pues, ¿cómo la trae con tanto lujo?

—Grandeza de jugador: hoy abundancia y fausto; mañana hambre y miseria.

—Chico, mira si te decía bien; ahí llega la divina Luz con su mamá, acompañadas de Rafael y de Willey.

—Y ¿cómo se compondrá ahora el doctor al encontrarse en la iglesia con Elisa?

—Ya sabrá él quedarse a regular distancia, para no dar a entender que la ha venido acompañando.

—¡Y qué hermosa es...! Al verla tan esbelta, graciosa y aérea, se me representa a la ninfa Cloris de las Islas Afortunadas, a quien Céfiro la dió en dote, al casarse con ella, eterna juventud, el imperio de las flores y el nombre de Flora. Os juro, amigos míos, que si me concedéis una muchacha de ese garbo y de esa gracia encantadora, a pesar de mi aversión a la coyunda nupcial, me reconcilio con el matrimonio.

—Y yo—dijo otro.

—Y yo—añadió un segundo.

—Y nosotros—exclamaron todos.

—Señores—advirtió interrumpiendo el diálogo uno que continuaba pasando revista a todos los que llegaban—; ¿quienes son esas émulas de Cloto y de Medusa que se acercan haciendo dengues y coqueteando?

—Esa es una familia que tiene privilegio exclusivo de ser fea.

—Pero, ¿por qué habrán nacido con caras tan antiguas?

—¡Pues qué! ¿No ves el molde?—agregó uno, señalando a la mamá, que las acompañaba.

—Es verdad; tales padres, tales hijos. Pero, hombre, no habíamos reparado en una notabilidad mendigante, satírico-poética, que puede divertirnos.

—¡Pues qué! ¿No ven ustedes allí al improvisador poeta?

—Es verdad; vamos allá.

—Vamos allá—repitieron todos, y pasaron riéndose y levantando una confusa algarabía, a donde estaba el hombre del capote raído. Leopoldo les siguió, pero no con el objeto de tomar parte en la humillación del desgraciado, sino con el de procurar que no se ensañasen con él.

El mendigo, al ver que le rodeaba aquella turba de alegres pisaverdes, les miró con desdén, y tomó un aire resignado y tranquilo.

—Vamos a ver—exclamó uno de los jóvenes más bulliciosos—, dínos alguna sandez de las que acostumbrabas, vate descamisado, que nos haga reír de fastidio.

—Sí, vamos; tú que bebes, no en las cristalinas aguas de Hipocrene, sino en las erutantes de Baco.

—Sí, improvisa; que nosotros te pagaremos honrándote con oír lo que dices, sin bostezar.

Leopoldo se sintió mortificado al escuchar aquellas palabras con que se trataba de herir a un desgraciado.

El mendigo se mordió los labios, pero ocultó el enojo que le devoraba.

Leopoldo se retiró un poco, para no escuchar las pesadas chanzas de sus amigos.

—¿Estás hoy de muda?—le preguntó uno.

—Tendrá seca la lengua, y para que hable sería necesario que la remojase en pulque.

—No; que está esperando a que se le dé el pie.

—No cometeré yo desacato semejante con el mío, porque podría empañarme la bota con su vinoso aliento.

—Vamos, yo se lo voy a dar, y adecuado a su situación, porque ustedes le exigen lo que no puede dar.

—Veamos, pues, dáselo.

—Aquí está: «Es pedir peras al olmo».

El paciente mendigo alzó la cabeza, como si recobrara su dignidad de hombre, hasta entonces oculta entre los harapos en que iba envuelto; brilló en su rostro, marchito por el duro peso de la miseria, el fuego sublime de un corazón educado en la escuela del honor, y sus facciones se iluminaron con una luz indefinible y adquirieron una expresión noble y enérgica, que contrastaba notablemente con la humildad de su esfera y con el desgarrado traje que le cubría.

—¡Silencio, que va a hablar!—dijo uno de los jóvenes con seriedad burlesca, no viendo en el cambio que se operó en aquel desgraciado, más que un motivo a la risa general y a la burla de los que no ven el mundo sino como un teatro en que divertirse.

—Sí, sí; está inspirado; ¿no veis como el fuego del caliente mosto ilumina sus facciones?

—Va a vaticinar algo grande.

—Pero tiene la misma desgracia que Apolo dió por castigo a Casandra; de profetizar y no ser creída.

A estas palabras, las facciones del mendigo fueron perdiendo marcadamente la expresión altiva con que se habían revestido por un instante; desapareció de su rostro el fuego que lo enalteciera; sucedió a la luz de la inteligencia que brilló en sus ojos, la de la tristeza profunda, y su cabeza, que poco antes se había levantado erguida y orgullosa, volvió a caer abatida sobre el pecho.

—¿Lo veis? Ha marchado la inspiración.

—Repítele el pie para que vuelva el numen.

—Querer que improvise un tonto, es pedir un imposible; es, lo que le dije para que le sirviera de pie, y que ahora repito con el mismo fin: «Es pedir peras al olmo».

El mendigo dirigió una mirada despreciativa a todos, excepto a Leopoldo, que no había tomado parte ninguna en aquellas burlas, y contestó sin detenerse:

—De los necios que hasta el colmo llegan de la fatuidad,
pedir juicio, honra y bondad,
es pedir peras al olmo.

Un grito de indignación salió del círculo de jóvenes que le rodeaba.

—¡Se habrá visto osado semejante!—exclamó uno de los aludidos elegantes.

—¿Lo dices por nosotros, insolente?—añadió otro, alzando el puño del bastón para descargar sobre él.

El improvisador no se alteró por la amenazadora actitud que tomó su contrario, y respondió con una serenidad y un tono que nada tenían de común:

—Yo no aludo a personas determinadas; digo lo que Iriarte en su conocida fabulita: «A todos y a ninguno».

—¡Hola, hola! ¿Sacas textos?—exclamó riéndose uno.

—Señores, propongo que abramos una suscripción para que establezca una cátedra de literatura en la pulquería de «El Sueño».

—¡Aprobado!—gritaron todos.

—Dejemos a ese necio con ribetes de bellaco y descaro de mendigo bebedor, y sigamos ocupándonos de las que van llegando a misa.

—Tienes razón.

Y se retiraron un poco de él.

—Hombre, ¿de qué tapiz se habrá escapado esa tarasca que viene ahí, más compuesta que ensalada de Nochebuena y más fea que la necesidad?

—Atención, amigos, y formalidad. Detrás de la negra noche

colocó Dios el día; detrás de la tempestad, el refulgente sol; aquí llega la simpática y encantadora Clotilde.

Leopoldo tembló de emoción al escuchar aquel nombre, que ejercía un mágico poder sobre su alma, y palideció de placer.

—Mirad—exclamó uno—, se parece a la diosa Calipso que nos describe Fenelón, descollando majestuosa como una enhiesta palmera por encima de la voluptuosas ninfas que la rodean.

—Y ¿quién es el que la acompaña?

—El señor Duval, dueño de la partida a donde todos los que vienen a pasar la temporada, van a pagar un tributo de plata, y amigo íntimo de su padre, don Emilio Landeta.

—Y ¿es novio de ella?

—Dicen que la ha pedido ya por esposa.

—¡Qué lástima que se lleve un gringo un palmito que estaría mejor empleado, por ejemplo... en mí!

—Y más un hombre cuyos antecedentes nadie conoce.

—Pues yo apuesto a que ella no se casa a gusto con él.

—¿En qué fundas tu opinión?

—¿No véis la indiferencia y aun repugnancia con que contesta a las palabras que le dirige?

—Tal vez esté celosa.

—O quiera a otro menos antipático que él.

—¿Qué dices tú de esto, Leopoldo?

Leopoldo se encogió de hombros, como excusándose de dar su opinión.

En aquel momento llegó Duval, dando el brazo a la hermosa y su protectora, al grupo de jóvenes que guardaron silencio para admirarla.

Clotilde fijó los ojos en Leopoldo, que estaba algo retirado de los otros, y que llevó disimuladamente la mano a la flor del girasol.

La joven advirtió aquella indicación amorosa, y leyó en la flor estas palabras: «Yo te amo; eres mi ídolo; mi pensamiento está constantemente en el objeto amado».

Duval no perdió ni el movimiento que su rival hizo con la mano, ni la mirada de la huérfana, aunque no pudo comprender lo que el girasol significaba.

El mendigo, no solamente advirtió la señal del enamorado joven, sino que también sorprendió el gesto de disgusto que arrugó el entrecejo de Duval.

La misa empezó a poco, y el celoso prometido de Clotilde salió al atrio, esperando que concluyese la ceremonia.

El grupo de alegres jóvenes penetró en el mismo instante

en el templo, y sólo quedaron afuera Leopoldo, entretenido con las dulces esperanzas y la risueña perspectiva de un delicioso porvenir, el mendigo que le observaba y el envidioso rival, que le miraba desde junto a la puerta con implacable saña.

Leopoldo era el más feliz de los hombres; estaba persuadido del amor de Clotilde, y aquel amor encerraba para él tesoros inapreciables, dichas sin guarismo, días de felicidad que cada instante no cambiaría el alma por todas las riquezas de la tierra.

Su mente estaba fija en la memoria de la hechicera belad que amaba, revistiéndola de mil formas a cual más hechicera, aérea y celestial; sus ojos no veían otros encantos que los que le ofrecía el virginal decoro del ángel que embellecía con su mirada la naturaleza entera; sus oídos no percibían más que el dulce eco producido por las amorosas palabras de su amada, más sonoro que el leve murmullo del manso arroyo que halaga las flores y que el armonioso canto de las aves. Un delicioso éxtasis embargaba todas sus potencias, y las horas, velando su existencia, hacían de su vida una sucesión de delicias que realizaban el Edén perdido.

El alma de Duval estaba dominada de afectos contrarios; en ella disputaban el dominio, los celos y la venganza; su envidioso corazón daba fuerza a los primeros, y su mente acariciaba la segunda como remedio salvador a los desprecios.

En cada dulce emoción que reflejaba el interesante rostro de su favorecido rival, se retrataba en el suyo la marcada señal del odio y de la envidia de los réprobos.

Era el Caín altanero y vengativo, que proyectaba la muerte de su inocente hermano, sacrificándole a un sentimiento bastardo y despreciable.

El mendigo que, colocado a regular distancia de uno y de otro, había estado leyendo en la fisonomía de ambos los diversos afectos del corazón, se dirigió lentamente hacia Duval, no con objeto de tomar parte en sus ideas de venganza, sino con el de ver si alcanzaba de él algo con que atender a las necesidades de aquel día.

—¿Tiene usted—le dijo con humildad extrema—la bondad de socorrerme con algo?

—Perdone usted, por Dios—contestó Duval, sin mirarle siquiera.

—Crea usted que estoy en una necesidad extrema.

—Lo siento.

—Siquiera medio real para que almuerce.

—Nada—replicó con aspereza Duval.

—Soy una persona de educación, a quien su mala cabeza ha conducido al miserable estado en que me encuentro.

—¿Y cree usted que yo trabajo para mantener holgazanes?

El semblante del mendigo se vistió de un gesto de ira.

Aquel hombre parecía formado de dos naturalezas diametralmente opuestas; llena, una, de dignidad y de nobleza, pronta a pedir reparación completa de una ofensa hecha a la honra; otra degenerada, degradada y envilecida. Soberbio unas veces hasta la exageración; humilde otras hasta la degradación; lanzando aquí un epigrama contra los vicios, y entregado más allá al de la embriaguez, aquel hombre presentaba una mezcla extraña que le hacía misterioso.

En las primeras palabras dirigidas a Duval, su actitud fué humilde, su acento respetuoso; pero al escuchar el denigrante epíteto de holgazán, todo su sér sufrió una mutación completa; la indignación se dejó ver en su rostro; miró con altanería a su ofensor, y le dijo con entereza, aunque reprimiendo su enojo:

—Insultar la desgracia, es acción indigna de un hombre honrado; nada quiero de usted; si me diese usted todos los tesoros de la tierra no los recibiría, porque la caridad dada con altanería, remedia, pero ofende y humilla.

—No tema usted que cometa yo tal disparate; lo que es por mí, siempre se quedará usted como dice el refrán: «a la luna de Valencia».

El mendigo, con la prontitud que le era natural, contestó:

—De tu orgullo y tu inclemencia
me vengará al fin tu novia,
cuando deje, a quien me oprobia,
«a la luna de Valencia».

—¡Cómo!... ¿Qué quieres decir con eso?—exclamó, volviendo la cara, que hasta entonces la había tenido en dirección opuesta al improvisador; pero éste, sin atenderle, y dirigiéndole una mirada de desprecio, echó a andar con dirección a Leopoldo.

—No hay duda, éste es algún agente de mi rival, y este rival está ante mis ojos—exclamó Duval, sin poder ya contener su ira—. ¡Oh! Es preciso que yo obligue a ese infame a que me explique el sentido de esas palabras.

Pero no pudo por entonces satisfacer su deseo; la gente que empezaba a salir de la iglesia, le dió a entender que la misa había terminado, y se vió en la obligación de esperar

a Inés y a Clotilde, aplazando para otra vez aquella aclaración.

Poco tardaron la huérfana y su protectora en salir; Duval las tomó del brazo, y pasó por junto a Leopoldo con exterior triunfante, pero humillado y vencido en su interior.

Leopoldo no advirtió aquel alarde de satisfacción, pues sus ojos estaban ocupados en objeto más interesante que la vanidad de un hombre que ignoraba aspirarse a la mano de la que él amaba. Su mirada estaba en la del ángel de su amor, que le correspondió al alejarse, con otra llena de pasión, dulce y consoladora.

—¿Tiene usted la bondad, caballero, de darme un socorro?—dijo el mendigo con voz humilde. Leopoldo no le contestó, porque estaba extasiado, viendo alejarse aérea, esbelta y gentil a la mujer que absorbía todas sus potencias.

El mendigo volvió a decir con voz más fuerte:

—¿No quiere usted darme algo, por amor de Dios?

Leopoldo le miró, pero por no perder aquellos instantes que aun podía dedicarlos a contemplar el aire seductor de su adorada, volvió a fijar sus ojos en ella, y no le respondió una palabra.

—Vea usted que le pido con mucha necesidad.

Clotilde había desaparecido ya, y Leopoldo metió la mano al bolsillo del chaleco y le dió dos reales, diciendo con aire jovial y cariñoso:

—Aquél que porfía, alcanza.

El mendigo, agradecido y deseoso de manifestarse interesado de él, le contestó sin detenerse:

—No hay que perder la esperanza,
luchad contra hado y traidores,
que en las batallas de amores,
«aquél que porfía, alcanza».

Leopoldo miró sorprendido a aquel hombre que bajo un traje tan miserable encerraba un talento claro y despejado.

La oportunidad de aquella cuarteta y lo en armonía que se hallaba con su situación, le hicieron creer que aquel desgarrado no era lo que representaba su desgarrado vestido.

Despertada, pues, su curiosidad, le preguntó:

—¿Quién le ha dicho a usted que yo amo, ni que tengo contrarios con quienes combatir?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Yo que le he sorprendido a usted esperando con impa-

ciencia desde la esquina de la calle B..., a que se abriera el balcón de la casa del señor don Emilio Landeta.

—¿Usted?

—Sí, señor; yo, que dije para mí: los enamorados son generosos, y éste sin duda me favorecerá hoy. Yo le seguí a usted con objeto de pedirle un socorro; pero luego desistí por no interrumpirle en su amorosa tarea.

—Pero, ¿contra quién cree usted que tengo que luchar para vencer?

—Contra el señor que vino acompañando a la señorita y su mamá.

—¿El señor Duval?

—Yo no sabía su nombre; pero es el mismo.

—Gracias; y pídame usted algo en premio de su aviso.

—Un pantalón que ya no le sirva a usted.

—Bien; agregaré también una levita todavía en buen uso, chaleco y zapatos.

—¡Ah, señor!...—dijo el mendigo transportado de gozo—; el cielo le premiará a usted esta acción generosa.

—Pero aquí no le puedo proporcionar a usted esa ropa; yo no he venido más que a pasar el domingo, y mañana, lunes, me vuelvo a México. Si usted quiere verme allí, puede usted pasar cuando guste.

—¿En dónde vive usted?

—En la calle de Tacuba.

—¿Qué número?

—Tres; segundo piso, a la izquierda, vivienda principal.

—¿Por quién pregunto?

—Por Leopoldo Cabrera.

—¡Leopoldo Cabrera!—dijo asombrado el mendigo.

—¿Qué le admira a usted?

—¿Es usted hijo de don Ignacio Cabrera?

—Sí.

—¿Comerciante de León?

—Sí.

—¿Acusado de haber cobrado unas libranzas enviadas por el señor don Emilio Landeta, padre de la señorita Clotilde, de quien usted está enamorado?

—Pero usted, ¿cómo sabe...?

—Ese es un cuento largo de contar.

—Pero mi padre era inocente.

—Nadie mejor que yo conoce esa verdad.

—¡Usted!... ¡Ah!... Hable usted; la revelación de usted desarmaría el odio que don Emilio me consagra; y entonces me atrevería a pedirle la mano de su hija.

- Tal vez llegará el día en que lo revele.
 —Ahora.
 —No puede ser. Iré a ver a usted a la calle de Tacuba.
 —¿Cuándo?
 —Dentro de tres días.
 —No falte usted, por Dios.
 —Estaré allí, y le revelaré a usted cosas que le interesan sobremanera.
 —¿Y no sabré quién es usted?
 —Ahora no; entonces, adiós; hasta dentro tres días.
 —Hasta dentro de tres días; adiós.

CAPITULO III

Un rompimiento

Estamos en una espaciosa y elegante sala; magníficos espejos de cuerpo entero, colocados sobre lujosas consolas de caoba de exquisitas labores, se ven simétricamente repartidos; ricos sofás de damasco de seda encarnado con flores blancas, y cómodas butacas de lo mismo, haciendo juego con sillas vestidas de igual manera, resaltaban junto a las vistosas paredes pintadas de oro y azul; exquisitas cortinas de gro punzó entrelazadas con otras de muselina blanca, velaban las puertas vidrieras de los balcones y de las piezas que comunicaban con la sala; un piano excelente de cola, con elegantes incrustaciones de oro y plata, ocupaba el espacio que mediaba entre los dos balcones de la pieza; una lujosa araña de bruñido cristal, de doce luces, pendía de un cielorraso pintado con maestría y gusto; una alfombra turca verde, con graciosos dibujos de matizados colores, cubría el terso pavimento; elegantes rinconeras, ostentando costosos floreros de hechuras primorosas, vestían los ángulos; un brillante reloj de primorosa construcción, colocado sobre una mesa redonda en medio de la estancia, rodeado de mil caprichosas figuras de porcelana, marcaba las horas, asomando al hacerlo, un pajarillo autómatas que cantaba y agitaba sus pintadas alitas, ocultándose luego dentro del reloj; y sobresalientes cuadros de un mérito notable, representando los más sublimes pasajes de la Biblia, completaban el regio adorno de aquella sala.

Las últimas vibraciones del piano espiraban dulcemente en el espacio, heridas las teclas por la delicada presión de

los nevados dedos de una hermosa joven de torneada mano, de apacible rostro y celestial mirada.

—¡Admirablemente! Nunca has tocado con más sentimiento y expresión—dijo una señora que estaba arrellanada en su butaca y haciéndose aire con un rico abanico, que cebraba con maravillosa rapidez.

—¿Le ha parecido a usted mejor que otras veces?

—Siempre estás admirable; pero ahora has estado sublime.

—¿No será debido ese parecer más que a mi mérito, a la benevolencia de usted, que va en aumento cada día?

—No puede aumentarse lo infinito, hermosa mía. Por lo mismo, no es el aumento de cariño, que siempre ha sido y será inmenso hacia ti, sino el delicado sentimiento con que has tocado, quien ha dictado mi elogio.

—Pues en lo sucesivo trataré de interpretar de la misma manera los pensamientos del autor, sólo porque usted disfrute del placer que ha sentido en este instante.

—¡Eres muy buena para mí!

—¿No debo serlo, acaso?—dijo la hermosa, dejando el piano y sentándose en el sofá, junto a la butaca de su interlocutora, a quien estrechó con indecible cariño la mano—. ¿No es usted la única amiga que tengo en el mundo? ¿No es usted la que comprende mi corazón, se identifica con mis sentimientos y me presta su amoroso apoyo en mis penas y desgracias?

—¡Sí, sí!—exclamó enternecida la interrogada, imprimiendo un ósculo en la serena frente de la joven—. Todo lo soy para ti; para ti sola, que eres un ángel... Sí, sí; ¡soy tu amiga, tu hermana, tu madre!...

—Sí, mi madre; porque sólo una madre tierna y cariñosa pudiera amarme con la pasión que usted me ama.

—Tienes razón—exclamó, visiblemente conmovida, la señora de la butaca.

—Si usted se hubiese unido a un hombre, ¡cuán felices hubieran sido sus amados hijos!...

—¡Casada!... ¡Casada!...—interrumpió, sin poder contener las lágrimas que se asomaron a sus ojos—. Pero no lo he sido, hija mía..., no lo he sido nunca...

Y quedó tristemente abatida.

—¿Nunca ha encontrado usted un hombre digno de su amor?

—¡Un hombre!...

—¡Ah! ¡Madre mía! ¿Ha sido usted también desgraciada?

—¿Y quién no lo es en el mundo, hija mía? Con el universo nació la desgracia que aflige a la humanidad. El mundo,